

y de tener actualmente inteligencias secretas con los Partos. Aseguraba en prueba de esto que en sus almacenes guardaba armas para sententa mil hombres, hecho que no podia negar. Juzgóle el Emperador desde luego por convencido, y le despojó de sus estados y de sus tesoros entregándolos al delator, juntamente con la célebre Herodías su muger, y le confinó á la ciudad de Leon en las Galias. Mas su incestuosa y soberbia consorte prefirió seguirle en su destierro á deber ninguna gracia al Rey Agripa que era su hermano, por cuya razon la habia tratado el Emperador con indulgencia. Hiciéronse á la vela de las Galias para España, donde ambos perecieron miserablemente.

37. No acabaron del todo estas revoluciones la persecucion en Jerusalem, y la nueva Religion se hallaba siempre muy perseguida en la capital; pero no sucedió así en el resto de Palestina. Las Iglesias edificadas en Judea, Galilea y Samaria se multiplicaban y gozaban de una gran tranquilidad, bien sea porque los Pontífices no tuvieron en los otros pueblos el mismo poder, ó porque ignoraron los progresos del Evangelio. El Apóstol San Pedro que no habia abandonado á Jerusalem mientras la grandeza del peligro exigia su presencia, acordó despues visitar las Iglesias de Palestina confiadas á sus respectivos pastores, que no hacian cosa de importancia sin noticiarlo al Padre comun de los fieles. Condújole su solicitud Pontifical primero á Lidda (1), ciudad de la tribu de Efraim, inmediata al Mediterráneo, en el camino de

(1) *Act. Apost. cap. 9. v. 32.*

Cesaréa, y reunió luego á los fieles para instruirlos é informarse del estado de su Iglesia; y para que todos participasen del consuelo de oirle y verle, se hacia llevar á las casas de los enfermos.

38. Habia entre ellos un paralítico llamado Eneas, que hacia ocho años estaba postrado en una cama (1). El caritativo Pastor no pudo verle sin enternecerse, y movido en aquel instante de una inspiracion divina, le dijo: „nuestro Señor Jesucristo te da la salud, y para que todos conozcan los efectos de su divino poder, levántate, y haz tu cama, ó tómala para marchar con ella. Levantóse al instante el enfermo enteramente sano, tomó su cama, y divulgándose este prodigio por toda la ciudad y por los habitantes de la llanura de Saroná, donde estaba situada, abrazaron todos el cristianismo.

39. La noticia de las maravillas que hacia el Príncipe de los Apóstoles llegó en breve á Joppe, ciudad cercana, á tiempo que acababa de espirar una cristiana llamada Tabita, conocida por madre de los pobres, á cuyo servicio se habia enteramente consagrado (2). Lavaron su cuerpo segun la antigua costumbre seguida muchos años por la Iglesia, y la colocaron en una grande sala, donde acudian todos los pobres que estaban inconsolables por su pérdida. Enviaron pues dos discípulos á Lidda para pedir al Apóstol viniese cuanto antes á Joppe, sin decirle otra cosa. Partió luego con los mismos mensajeros que le condujeron en derecha á la sala donde estaba puesto el cuer-

(1) *Act. Apostolor. cap. 9. v. 33. y 34.* (2) *Ibid. v. 36. y sig.*

po de Tabita , y apenas entró se vió rodeado de una multitud de pobres viudas que le mostraban con muchas lágrimas los vestidos que les habia hecho con sus propias manos. Pedro lloró con todos los que estaban presentes , y no dudando que Jesucristo se dignaria recompensar con un milagro tantas buenas obras hechas por su amor , mandó que todos se retirasen é hizo oracion. Mirando al cuerpo despues , dijo en alta voz : „levántate Tabita” y al punto abrió los ojos , y se incorporó en el féretro. El Apóstol la alargó su mano para que se levantase del todo , llamó á los discípulos y se la restituyó con perfecta salud. Divulgóse esta maravilla por toda la ciudad , y se convirtieron muchos de sus habitantes. Permaneció el Vicario de Jesucristo largo tiempo en Joppe , en la casa de un Judío convertido llamado Simon , que aunque de egercicio curtidor , era muy estimado de todos , segun el genio de los antiguos pueblos , que no reputaban por bajeza el sustentarse con el trabajo de sus manos , sin sujecion ni dependencia de otros hombres.

40. San Pedro se hallaba todavía en Joppe cuando Dios determinó comunicar á los Gentiles la luz que despreciaban los Israelitas , sin que podamos fijar con exactitud una época en que los cronologistas varían del todo. Habia ya la gracia esparcido las primeras semillas de la vocacion del Evangelio en el espíritu de Cornelio , Centurion Romano , que comandaba en Cesaréa una cohorte de la legion Itálica (1). Era es-

(1) *Act. Apost. cap. 10. v. 1. y sig.*

te un hombre religioso y penetrado del temor de Dios , á quien por orden suya tributaban homenaje los de su casa. Convirtió á toda su gente á la creencia del verdadero Dios en medio de los idólatras , cuyos errores lloraba , y reputaba por una de sus obligaciones el encaminarlos á la piedad. Hacia grandes limosnas , ayunaba muchas veces hasta la hora de nona , que equivale á las tres de la tarde , y aunque era incircunciso se hallaba mucho mas próximo al reino de Dios , que los hijos de Jacob. Apareciósele un ángel estando un dia en oracion , y le ordenó mandase á buscar á Simon Pedro , que se hallaba en Joppe en casa de Simon el curtidor cerca del mar , diciéndole , que sus oraciones y piadosas limosnas habian llegado hasta el trono del Altísimo , cuya bondad divina por medio de su primer Ministro de la nueva alianza , queria abrirle la puerta de la vida eterna. Fue instruido tambien el Apóstol en un éstasi misterioso de los designios de la misericordia del Señor con este Romano y con todos los Gentiles. Mientras estaba Pedro discurriendo entre sí qué significaria aquella vision , he aquí que los hombres que enviara Cornelio llegan á la casa de Simon el curtidor , preguntando por San Pedro , el cual marchó con ellos el siguiente dia.

El piadoso Centurion reunió á todos sus deudos y amigos para recibir al Apóstol (1) , y le salió al encuentro postrándose humildemente á sus pies. Levantóse San Pedro , y despues de haberse asegurado de

(1) *Act. Apost. cap. 10. v. 24. y sig.*

las buenas disposiciones de toda aquella asamblea los instruyó en los misterios Evangélicos. Aun no habia concluido su discurso cuando el Espíritu Santo descendió visiblemente, y comunicándose á todos los que allí estaban de un modo extraordinario, les confirió el don de lenguas. Admiráronse menos del prodigio que entonces era frecuente los fieles circuncisos que habian venido de Joppe con San Pedro, que de la calidad de aquellos en quienes se obraba. Estaban equivocadamente convencidos de que la Iglesia excluía á los Gentiles, ó que para admitirlos era preciso que antes se sujetasen á la ley antigua; pero el Vicario de Jesucristo, primer dispensador de sus gracias, juzgó que no debia dilatar el bautismo á unas gentes á quienes el Espíritu Santo habia hecho la gracia de aparecerse. Esto disminuyó las preocupaciones de los Judíos convertidos, y abrió el mas ancho campo á los operarios Evangélicos, encerrados hasta entonces dentro de los límites de la casa de Jacob.

41. Progresó mucho despues de este suceso el Evangelio en la célebre ciudad de Antioquía, capital de la Siria y de todo el Oriente. Habian ya antes algunos discípulos predicado en ella la divina palabra, pero solo á los Judíos de nacimiento ó de Religion. Algunos predicadores naturales de Chipre y Cirene, donde se hablaba el griego lo mismo que en Antioquía, se dedicaron á instruir á los Gentiles, mucho mejor dispuestos que los Judíos, á vista de la orden que San Pedro recibió del Señor. Derramáronse con

abundancia sobre aquella nueva mies las bendiciones del cielo, y creyeron muy útil enviar á esta numerosa multitud de prosélitos uno de los antiguos discípulos, hombre de autoridad y esperiencia, para que los dirigiese. Fijaron todos los ojos en Bernabé (1), Helenista de nacion, cuya fe y desinterés eran muy conocidos y muy á propósito para esta mision, por la caridad tierna que necesitan los operarios Evangélicos para el cultivo de las nuevas plantas. Como las conversiones se aumentasen cada dia, y no pudiese Bernabé atender á todo, pasó de Antioquía á Tarso, ciudad inmediata, para llevar consigo á Saulo que solo ansiaba el momento de consagrarse de todo punto á la salvacion de los Gentiles. Cuando Saulo supo como el Señor habia echado por tierra el muro que los separaba de la Iglesia, no hubo emulacion de precedencia, de honra, ni otro obstáculo que pudiese aminorar su celo. Eran para él iguales todos los grados del ministerio con tal que adquiriese para su Dios muchos adoradores; y aunque le habia destinado el cielo para ser el ministro principal de la salvacion de las naciones, siguió á Bernabé por mas de tres años en calidad de cooperario ó auxiliar. Un año entero gastaron en la mision de Antioquía, dejando esta ciudad en estado tan floreciente que puede considerarse como la cuna del cristianismo; y con efecto aquí es donde los fieles principiaron á tomar el nombre de cristianos.

42. Los hijos de Israel aceleraban con su pertinacia

(1) *Act. Apost. cap. 11. v. 22. y sig.*

cia el momento de su ruina y de su reprobacion, al paso que la doctrina Evangélica hallaba corazones dóciles entre los Gentiles. Si no derramaban á arroyos la sangre de los fieles, era porque los Emperadores ó sus ministros de quienes dependia la república Judaica no aprobaban de modo alguno las violencias por causa de Religion contra unos súbditos pacíficos; mas los Príncipes de la Sinagoga esperaban la sazón de llevar á efecto sus sanguinarios deseos. Así es que se utilizaron de las disposiciones del Rey Herodes Agripa, digno nieto del autor de la muerte de los Inocentes; quien para aparecer Judío celoso se procuraba todos los medios de ganar el afecto de los gefes de la ley. Como odiaba principalmente á Santiago hijo del Zebedeo y hermano de San Juan, por el celo ardiente que le grangeó el nombre de hijo del trueno, le mandó cortar la cabeza en el año 44 (1). Juzgóse muy feliz el Santo Apóstol de ser el primero de los doce en firmar la fe con su sangre, y confesó á Jesucristo con tal esfuerzo que admirado su delator se convirtió al momento, y padeció el mismo suplicio (*).

(1) *Act. Apost. cap. 12. v. 1. y 2.*

(*) Así glorificó á Dios el grande Apóstol Santiago el mayor, primer Padre y Fundador de la santa Iglesia de España. Su venida y predicacion en la Península, provincia entonces del Imperio romano, acaecida por los años 36 y siguientes, aunque contestada por algunos historiadores extranjeros posteriores al siglo quince, se debe tener por cierta y puesta fuera de toda duda, como fundada en la constante tradicion de quince siglos, contra la que ningun sabio de la antigüedad reclamó, y confirmada por

43. Notando Herodes Agripa el placer que habia causado á los Judíos con la muerte de Santiago acor-

los mas ilustres escritores nacionales, y por algunos extranjeros. Dídimo Alejandrino en sus libros sobre el misterio de la Trinidad; San Gerónimo en la esposicion al cap. 34. de Isaías, el Ven. Beda en sus *Collectáneas*, San Julian en los *Comentarios del Profeta Nahúm*, Calisto II., Frekulfo de Lexiowitz, Walfrido Strabon, Nothello, Monge de San Galo, Zacarías de Crisópoli, Oton Frisingense, Vicente Belovacense, y mil mas con todos los santos Padres y escritores españoles confirman esta verdad. Contra esta nube de testigos tan ilustres, ¿qué vale cuanto han dicho Baronio, Estio, Natal Alejandro, Cristiano Lupo, Roncaglia y otros émulos de nuestras glorias? Todas sus dudas fundadas en la supuesta controversia del Arzobispo D. Rodrigo de Toledo, con los de Braga, Tarragona y Compostela, tenida segun ellos en el Concilio IV. de Letran, han sido mil veces desvanecidas, y el fundamento de ellas es absolutamente falso. Véase la *Disertacion latina* de D. Clemente Arostegui, Canónigo de Zaragoza, y la que en nuestros dias publicó en Roma el Escmo. Sr. D. Antonio Vargas de Laguna, Embajador de S. M. C. cerca de la santa Sede, en vista de la cual dijo el Emmo. Sr. Cardenal de la Somaglia, que despues de la demostracion hecha por el Sr. Vargas no se podia ya dudar de la predicacion de Santiago en España.

Durante su mansion en la Península fundó nuestro Apóstol el célebre Santuario de Zaragoza dedicado á María Santísima. Conquistó á la fe y reino de Jesucristo algunos discípulos, que fueron despues celosos propagadores del Evangelio. Entre ellos escogió nueve, Atanasio y Teodoro que quedaron en España, y Ctesifonte, Cecilio, Eufrasio, Segundo, Indalecio, Torcuato y Esiquio que llevó consigo á Jerusalem; los cuales despues de la gloriosa muerte del Apóstol se embarcaron en Joppe llevándose el santo cadáver, y aportaron en Iria Flavia, hoy el Padron, desde donde se trasladaron á una heredad llamada entonces *Liberum Dominum*, y dieron honrosa sepultura á su Maestro en el lugar mismo en que corriendo los siglos se fabricó la Basílica Compostelana; en la ilustre ciudad que lleva el nombre del santo Apóstol.

dó hacer lo mismo con San Pedro, que había acudido á consolar á los fieles de Jerusalén aterrados con el martirio del Apóstol. Era tiempo de Pascua (1), y mandó el tirano poner á San Pedro en prision para tenerle bien asegurado, y ofrecerle despues en espectáculo á aquel pueblo pervertido. Oraban entre tanto los fieles continuamente por su padre comun. Dormia el Apóstol la noche antes del dia señalado para el suplicio, entre dos soldados encadenados con él, y otros custodiaban la prision en número de diez y seis que se relevaban de cuatro en cuatro. Estaba el preso encargado á su vigilancia, y debian responder de él con su propia cabeza. Inútiles eran tantas precauciones con unos hombres enseñados por Dios á llevar en paciencia los trabajos, y al mismo tiempo no alcanzaban á resistir á los ministros de las voluntades del cielo. Descendió á la prision, y despertó á San Pedro el ángel del Señor lleno de resplandores, y se le cayeron repentinamente á Pedro las cadenas. *Levantáos*, le dice, *y seguidme*: obedeció el Apóstol sin poder distinguir si aquello que le pasaba era cosa efectiva y real, ó solo una vision imaginaria. Atravesó con el ángel por delante de la primera y segunda guardia, en este estado de incertidumbre y espanto, y llegaron juntos á la puerta de hierro que conducia á la ciudad, porque la prision estaba fuera de los muros. La puerta se abrió por sí misma y entraron en Jerusalem sin abandonarle el ángel hasta el fin de una calle donde desapareció,

(1) *Act. Apost. cap. 12. v. 3. y sig.*

dejando á San Pedro á cubierto de todo peligro. Entonces fue cuando el Apóstol conoció con evidencia que Dios le había libertado del furor de Herodes y de las manos del pueblo Judío.

Tributó las más humildes gracias al Señor, y observando que estaba cerca de la casa de María, madre de Juan por sobrenombre Marcos, llamó á la puerta á tiempo que los fieles que estaban allí congregados oraban á Dios por la Cabeza de su Iglesia. Salió una criada llamada Rode á preguntar quién era; conoció la voz de Pedro, y sin abrirle ni darle respuesta corrió arrebatada de gozo á anunciar á los de adentro que estaba allí el Príncipe de los Apóstoles. Decíale unos que deliraba, y otros juzgaban que no seria él sino un ángel; cuya opinion nos demuestra la antigüedad de la creencia cristiana acerca de los ángeles custodios ó de nuestra guarda. Continuaba entre tanto Pedro llamando; abriéronle en fin, y no es posible pintar cuán sorprendidos y alegres quedaron todos los de aquella religiosa Asamblea. Moderado su gozo les contó estensamente el milagro de su libertad, encargándoles lo pusiesen en conocimiento de todos los demás discípulos, particularmente de Jacobo hijo de Alfeo, el único Apóstol que permaneció en la capital de Judea, y á quien el público amó siempre; por cuya razon temia mucho menos que Pedro, perseguido actualmente como Cabeza de todos los fieles. Sin perder tiempo, y aprovechándose de aquella misma noche, salió de la Ciudad para buscar un asilo mas seguro. No advirtieron sus guar-

días lo que había sucedido, hasta que ya era de día: no podían ser culpados de negligencia porque su prisionero se había librado sin haber visto ni oído nada. El tirano les mandó, sin embargo de esto, encarcelar, y después de las más rigurosas pesquisas, les hizo quitar la vida para no aparecer convencido.

44. No trascurrió mucho tiempo sin que recibiese el justo castigo de su sangrienta impiedad, en el mismo lugar donde comunmente moraba, y en el mismo teatro de su orgullosa vanidad. Herodes tenía su corte en la ciudad de Cesaréa (1) situada en la provincia de Galilea, á pesar de que el Presidente romano que gobernaba la Judea en nombre del César, había establecido allí su morada después de la deposición de Pilato. Tuvo Herodes cierta desavenencia con los Tirios y Sidonios (2), y los redujo luego á solicitar su amistad, prohibiendo que se transportasen á estas ciudades y su distrito los granos de la fértil provincia de Galilea. Le enviaron sus Embajadores á los cuales este Rey soberbio quiso recibir con gran pompa en el día en que celebraba unos juegos por el restablecimiento de la salud del Emperador. Llegó por la mañana en el segundo día de la fiesta al teatro con un numeroso séquito de Judíos y Romanos los más ilustres, vestido con su manto real, y sentándose en un trono cubierto de oro y piedras brillantes, principió á arengar al público. Contribuían á realzar el aparato de la función la serenidad del día

(1) *Act. Apost. cap. 12. v. 20. y sig.* (2) *Joseph. Antiq. lib. 19. cap. 7.*

y el resplandor del sol, y su elocuencia, don que poseía, era correspondiente á su grandeza; de suerte que por todas partes comenzó á gritar el pueblo: no es un hombre el que nos habla, sino un Dios. Agripa se deleitaba con estos elogios profanos, pero su culpable delito duró muy poco porque el ángel del Señor le hirió invisiblemente (1). Sintió en el mismo punto unos dolores tan vivos, que sucediendo á su vanidad la confusión y la vergüenza, dijo á sus aduladores: veis aquí á vuestro Dios que va á espirar. Condujéronle á su palacio donde padeció por espacio de cinco días horribles tormentos, y murió comido de gusanos.

45. El Príncipe de los Apóstoles antes de este notable acontecimiento, el segundo año del imperio de Claudio que sucedió en el de 41 á su sobrino Calígula, trasladó su Silla Pontifical á Roma (2), y desde este año que es el 42 de Jesucristo, principian los 25 de Pontificado que le atribuye la Crónica de Eusebio. Su silla había estado por espacio de 7 años en la Iglesia de Antioquía, que fue la primitiva de los Gentiles; pero en ninguna parte residió continuamente porque su carácter de Cabeza de la Iglesia le llamaba á todos los lugares en estos primeros tiempos. Lo mismo sucedía á proporcion, á sus colegas en el Apostolado, de los cuales solo Santiago de Jerusalem llamado el menor se mantuvo fijo en una silla particular. El título especial y preeminente de

(1) *Act. Apost. cap. 12. v. 23.* (2) *Origen. in Gene. Euseb. Chron. an. 42. Justin. Apol. 2. Hieron. de Scriptor. Eccles.*

Pedro no le impidió anunciar el Evangelio en el Ponto, Galacia, Capadocia, Bitinia y otras muchas provincias del Asia.

46. Colocó en la Cátedra de Antioquía á su discípulo Evodio que gobernó 26 años esta floreciente Iglesia, al tiempo de partir para la capital del mundo donde habia de fijar el trono Pontificio, y la primacía del Apostolado, y llevó á Roma á Marcos con otros muchos discípulos.

47. Pasó Marcos despues desde Roma á fundar la Iglesia de Alejandría, en nombre de su maestro; y he aquí el origen de las dos primeras Iglesias Patriarcales, la una gobernada inmediatamente por espacio de algunos años por el Príncipe de los Apóstoles, y la otra fundada bajo su direccion, por uno de sus discípulos mas queridos. San Marcos fundó muchas Iglesias en Egipto, y como era hombre de extraordinaria piedad y fervor, instituyó aquellos primeros solitarios, que aunque se hicieron cristianos, conservaron el nombre de Terapeutas, y escitaron mas que nunca la admiracion de los mismos Judíos y de sus mas célebres escritores.

Estuvo algun tiempo en Roma Marcos antes de emplearse en esta comision haciendo de intérprete y secretario de San Pedro. Escribió allí su Evangelio (1), en el cual sin sujetarse mucho al orden de los tiempos, recopiló todo lo que habia oido al Apóstol, quien reconoció la obra, dándola su aprobacion; y por esto algunos Padres de la Iglesia atribuyen este Evan-

(1) *S. Hieron. de Scriptor. Eccle.*

gelio al Vicario de Cristo. Dice San Juan Crisóstomo que su brevedad es muy conforme al genio de San Pedro que hablaba poco. Échase de menos el elogio que el Salvador hizo de este Apóstol cuando le confesó por Hijo de Dios, porque la humildad de Pedro, que despues de su penitencia fue siempre su virtud predilecta, le hacia suprimir todo lo que pudiese adquirirle honra. Se refiere muy á la larga por el contrario en este Evangelio su caída y flaqueza en negar tres veces á Jesucristo. Lo escribió en Griego, que era la lengua de comercio en todo el Oriente, y tan comun en Roma, que aun las mugeres la hablaban con facilidad.

48. San Marcos compuso tambien, ó á lo menos tradujo, la primera Epístola de San Pedro dirigida á los fieles del Ponto (*), de Bitinia, de Galacia y de Capadocia. Denota en ella á Roma figuradamente con el nombre de Babilonia, como que era el centro de la idolatría y de toda la corrupcion que trae consigo. Se observa en esta Epístola una magestad y una energía dignas del Príncipe de los Apóstoles.

49. Sucedió á San Marcos en la cualidad de intérprete del Padre comun de los fieles, á quien la vigilancia sobre todas las Iglesias no dejaba tiempo para traducir lo que escribia, Glaucias, de quien el heresiarca Basílides se jactaba ser discípulo. El Evangelista San Marcos murió mártir en Alejandría, el

(*) Parece fue escrita esta carta el año 60 de Jesucristo, casi al mismo tiempo que Santiago el menor escribió la suya.